

Libre de cargas

El cuerpo cargado de tripa de aquel médico avanzaba hacia mí poniendo en riesgo la verticalidad a cada nuevo paso que daba. Su semblante marmóreo, adornado con un cojín de grasa que bailoteaba bajo el mentón, daba muestra inequívoca de que la noticia que iba a recibir no iba a ser del todo gratificante.

Sin ningún tipo de preámbulo inició una serie de frases que parecía tener que medir.

—Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos, pero desgraciadamente no ha sido suficiente. La situación de su padre es irreversible. Le vamos a mantener con vida artificialmente, aunque de usted depende prolongar una agonía innecesaria. Por favor, lea estos documentos y, si está conforme, fírmelos. Es la autorización para desconectarlo. Procederíamos esta misma tarde. Supongo que ahora deseará estar solo.

Lo que debió ser un drama aleccionador se convirtió en alimento para mi entereza, así que, con mano temblorosa, recibí un folio pendiente de garabatear; el que separaba al hombre que me regaló la vida del más allá.

Sopesando el brete, acudí a la planta de paliativos donde el hedor a muerte me acarició el rostro luego de darme una bienvenida no exenta de tintes macabros.

Pronto me sacudí el asombro; observar un símbolo de la lucha obrera postrado en una cama, rodeado de cables y aparatos, me hizo volver a la triste realidad. Aquel desertor del arado, señalado por el origen genético para vegetar entre los espabilados del mundo terreno, estaba acostumbrado a que la vida le masticase con ahínco para, posteriormente, ser escupido sin contemplaciones. Siempre fue duro de tragar; tanto, que en su año ochenta y ocho de vida se negaba a decir adiós por voluntad propia. Tendría que ser otro el que tomara tan cruel decisión, en este caso... un servidor.

Me sentía con la incomodidad propia de un espectador en el teatro que nada puede hacer más que dejarse seducir por la dureza de los acontecimientos. Convencido de que

por toda herencia iba a recibir el hueso del filete, pues no hizo gran fortuna pese a que se gastaba menos que un republicano en catecismos, opté por reverdecer el pasado recordando a un hombre que había sido de todo menos indiferente.

Nunca hizo falta espiarlo, siempre cometió sus faltas a la vista de todo el mundo. Los pecados capitales nunca fueron un misterio para él. De hecho, les plantó cara a todos: de pensamiento, palabra, obra... y hasta de omisión.

Pese a todo, los avatares de una vida cargada de luces y sombras no le impidieron unir sujetos y predicados logrando una colección de frases lapidarias que no tenía reparo en compartir con los más allegados, curiosamente muchas relacionadas con la muerte.

«Recuerda, hijo mío. Aprende a aceptarte como compañero de viaje hasta tus últimos días. Al final todos seremos vecinos de nicho», me recordaba constantemente. «Cuando me entierres olvídate de llevarme flores. Dentro de la caja será imposible olerlas», esa era otra de las más célebres junto con la más manida: «Vendrán días malos, y no serán de lluvia precisamente; siempre has de estar preparado». Aquel día, sin duda, era uno de esos.

—¿Me permite, por favor? He de cambiarle la sonda.

La irrupción de la enfermera forzó una colisión en cadena de la cual ninguna de las reflexiones que circulaban por mi cabeza se libró.

—Disculpe, señorita... no pretendía molestar.

—¡Señora! —reaccionó con ese desdén propio de las sanitarias que vienen de vuelta con el colmillo retorcido.

Pedí perdón buscando el silencio para, instantes después, tratar de entablar una conversación con una persona en dura pugna con una sociedad adiestrada para faltarle el respeto.

—Por supuesto... señora. ¿Sería tan amable de responderme a una pregunta?

—Realícela y lo sabrá.

«Erre que erre. Esta no se va a bajar del burro, me parece a mí», pensé con resignación a la vez que señalaba a mi progenitor con la intención de atraer de nuevo la atención de aquella profesional.

—Ese hombre es mi padre. ¿Cree que está sufriendo?

—Mire, caballero. Cualquier cosa que le diga sonará a tópico y no le reconfortará. Lo que tenemos delante dejó de comportarse como un ser vivo ayer. Ahora nos acompaña un vegetal que, desgraciadamente, ni siente ni padece. Lamento expresarme en estos términos, pero lo cierto es que es el pan nuestro de cada día en esta sala. ¿Es usted quien debe tomar la decisión de desconectarlo?

Nuevamente, una húmeda oleada de calor me recorrió desde la garganta hasta los tobillos. Una sensación que, hasta el momento, solo había habitado en mi imaginación. Abatido por la toma de una decisión que se antojaba ineludible mecí el mentón confirmando lo que era obvio.

—Mírelo, ya no tiene fuerzas ni para cargar con su propia identidad —dijo la enfermera, esta vez adaptando el tono de voz a la situación—. No por cotidiano deja de ser menos cruel, pero hay que dejarlo marchar. Lo lamento... tengo que atender a otros pacientes.

Transido por la rabia y el dolor encajé aquella recomendación como el mar, calmo en la superficie y turbulento en las profundidades.

Un hombre asustado, y yo lo estaba mucho, solo necesita una excusa o algo probable para justificarse a sí mismo; ninguna de las dos opciones se puso a tiro. La inquietud me mordisqueaba la tripa mientras observaba un monitor que arrojaba oscilaciones propias de una gráfica del mercado bursátil al compás de un pitido agudo que, minutos antes, se antojaba molesto. Señal inequívoca de que mi padre todavía seguía entre nosotros.

Observar, comprender y reaccionar. Tres planos en los que se fundamenta el comportamiento del ser humano ante cualquier situación adversa. Los dos primeros los tenía claros, no así el último. Pese a todo, le eché redaños y comencé regalándole un minuto de silencio, el padre nuestro de los cobardes al más puro estilo balompédico. Y, para rematar la jugada, me humillé más todavía jugándomela a cara o cruz. Me hice con una moneda que dormía en un bolsillo del pantalón y comencé a acariciarla, lustrándola con el pulgar como si tuviera que adivinar el país de procedencia.

«No te preocupes por el qué dirán o por lo que vayan a pensar de ti, no les perteneces. Cara, firmo la desconexión; cruz, mi padre continúa conmigo», me dije a mí mismo insuflando valor. Llegó el momento, en un acto inopinado arrojé la moneda al aire. Varios giros aleatorios y la suerte estaba echada pero... de repente.

¡Piiiiiiiiiiii...!

Las subidas y bajadas de la línea verde que presidía el monitor acababan de convertirse en una franja plana que confirmaba el deceso de mi padre. La moneda tocó suelo y comenzó a rodar sin destino definido, aunque ya era lo de menos.

—Gracias, papá. Hasta el último suspiro has velado por mí. Impedir que tomara tan cruda decisión ha sido todo un detalle y, por supuesto, una gran lección —musité entre sollozos a la vez que acariciaba su mano inerte por última vez.

El tiempo ha pasado y ahora, liberado de remordimientos perpetuos, a veces me pregunto:

«¿Cara o cruz, de qué lado cayó la moneda?»

Miguel A. Calle Sempere